

JUVENTUD

Año II

Madrid 16 de Febrero de 1902

Núm. 7

Señor Don

Muy señor nuestro: Deseosos de cooperar, dentro de nuestras modestas fuerzas, á la generación de un nuevo estado social en España, nos dirigimos á usted que tanto puede hacer por nuestra idea y le invitamos á prestar su adhesión contribuyendo á concretar en hechos un ideal naciente.

Hay en estos momentos en España un gran número de hombres jóvenes, de ideas nuevas, trabajadores humildes... Es cierto que no tienen una orientación única; tampoco la pueden tener. La desorientación actual es un resultado del medio ambiente. Uno de los caracteres típicos de nuestra época es la rápida digestión de los ideales. Hay en la atmósfera moral de este período en que vivimos, un fermento tan enérgico de descomposición, que dogmas, utopías, fórmulas metafísicas, todo lo que no tiene una base positiva y exacta, aunque nazca lozano y fuerte, lo digiere el ambiente con una rapidez inverosímil.

El sentimentalismo ha producido en sociología, sobre todo en política, una porción de sistemas que en determinado tiempo han parecido dogmas indiscutibles y al poco han sufrido una crisis tal que han llegado á ser olvidados y considerados como sueños de cerebros vacíos.

Los filósofos de nuestro tiempo, los más grandes, han tratado de demostrar la relatividad de las ideas absolutas. Desde los enciclopedistas que roen el dogma religioso, hasta Schopenhauer, que trata de demostrar la inanidad de los prejuicios tradicionales; y Nietzsche que pone sus cuestiones más allá del concepto del bien y del mal, hoy todos los grados de la destrucción.

Estamos asistiendo á la bancarrota de los dogmas; muchos de éstos, que hace años apareían como hermosas utopías, hoy están cuarteados, momificados; aunarán quizás intereses, servirán para defender lo creado, pero no tienen el carácter de estables.

Un viento de intranquilidad reina en el mundo.

En España, como decíamos antes, hay un gran número de hombres jóvenes que trabaja por un ideal vago. Esta gente joven no puede unir sus esfuerzos, porque no es posible que tenga un ideal común. Dada la pereza intelectual del país, dada la pérdida nacional del sentido de moralidad, lo más lógico es presumir que en estos jóvenes—siguiendo el camino de la mayoría de los hombres de la generación anterior—los afortunados engrosarán los partidos políticos, vivirán en la atmósfera de in-

¿Cuál de los tres?

Con motivo del presupuesto de Instrucción pública, se ha discutido cuál de los tres grados de enseñanza merece mayor protección, ó por lo menos, cuál la reclama con más urgencia. La cuestión está mal planteada así.

Pudiera preguntarse, ante todo, si debe haber tres grados de enseñanza, ó solo dos, como pretenden muchos pedagogos y como autoriza á pensar, en gran parte, la organización escolar de otros países. Si quedaran reducidos á dos (cultura general y especialidades profesionales), la cuestión de simplificaría por un lado y se complicaría por otro, puesto que si es verdad que vendría á desaparecer un organismo (el Instituto), que tal como hoy está organizado seguramente no responde á los fines que parece cumplir, en cambio nacerían otros establecimientos, prolongación de la actual escuela primaria, que llenarían la necesidad ineludible de aumentar la cultura del pueblo, es decir, de las clases que no pueden hoy ir á la segunda enseñanza y que no han de seguir ninguna carrera *liberal*.

Pero no son estos los términos en que se discute la cuestión propuesta. Se parte del estado actual, se le acepta por bueno é invariable, y de lo que en el fondo se trata es de ver cuál de los tres grados requiere, con mayor razón que justicia, un aumento del presupuesto. Repito que aun así, la discusión es ociosa. No puede haber aquí conflicto de derechos ó concurso de acreedores. La contestación debe ser sencillamente, que *los tres* necesitan mayor protección por parte del Estado... y de los particulares.

En efecto. Importa muchísimo aumentar el

número de escuelas primarias, pagar mejor á los maestros rurales (en los urbanos, *hay que distinguir*), construir buenos edificios, comprar material moderno, y sobre todo, enseñar bien, lo cual supone una modificación grande en la formación del profesorado. Todo esto necesita dinero; y como realmente, nuestra mayor vergüenza ante Europa consiste en el aterrador número de analfabetos que acusan las estadísticas oficiales y el infinitamente mayor de ignorantes que saben leer y escribir (ó que se supone que saben), parece que es aquí donde hay que cargar la mano.

Pero si acudimos á la experiencia pasada y presente, veremos que la reforma de los métodos de enseñanza, la elevación del nivel de cultura en el profesorado, las iniciativas ideales que han impulsado á la escuela popular, y el progreso, en fin, de los conocimientos mismos que forman la materia del grado primario ó la raíz y fuente de ella, han procedido siempre de hombres de gran cultura, de universitarios, como suele decirse de los que por su preparación superior, el tiempo de que disponen y la dirección profesional de su vida, pueden *investigar* y hacer que adelante la ciencia. No hay más que fijarse v. gr. en la modificación trascendental sufrida en el último tercio del siglo XIX por la cartografía escolar y los libros llamados de texto en Francia y en Alemania, base de la radical reforma de los procedimientos educativos. ¿Quién la ha hecho sino los científicos, los especialistas, de quienes nos nutrimos todos los demás, para nosotros y para nuestros alumnos?

Hay más. Cuando una nación quiere refor-

¿Cuál de los tres?

Con motivo del presupuesto de Instrucción pública, se ha discutido cuál de los tres grados de enseñanza merece mayor protección, ó por lo menos, cuál la reclama con más urgencia. La cuestión está mal planteada así.

Pudiera preguntarse, ante todo, si debe haber tres grados de enseñanza, ó solo dos, como pretenden muchos pedagogos y como autoriza á pensar, en gran parte, la organización escolar de otros países. Si quedaran reducidos á dos (cultura general y especialidades profesionales), la cuestión de simplificaría por un lado y se complicaría por otro, puesto que si es verdad que vendría á desaparecer un organismo (el Instituto), que tal como hoy está organizado seguramente no responde á los fines que parece cumplir, en cambio nacerían otros establecimientos, prolongación de la actual escuela primaria, que llenarían la necesidad ineludible de aumentar la cultura del pueblo, es decir, de las clases que no pueden hoy ir á la segunda enseñanza y que no han de seguir ninguna carrera *liberal*.

Pero no son estos los términos en que se discute la cuestión propuesta. Se parte del estado actual, se le acepta por bueno ó invariable, y de lo que en el fondo se trata es de ver cuál de los tres grados requiere, con mayor razón que justicia, un aumento del presupuesto. Repito que aun así, la discusión es ociosa. No puede haber aquí conflicto de derechos ó concurso de acreedores. La contestación debe ser sencillamente, que *los tres* necesitan mayor protección por parte del Estado... y de los particulares.

número de escuelas primarias, pagar mejor á los maestros rurales (en los urbanos, *hay que distinguir*), construir buenos edificios, comprar material moderno, y sobre todo, enseñar bien, lo cual supone una modificación grande en la formación del profesorado. Todo esto necesita dinero; y como realmente, nuestra mayor vergüenza ante Europa consiste en el aterrador número de analfabetos que acusan las estadísticas oficiales y el infinitamente mayor de ignorantes que saben leer y escribir (ó que se supone que saben), parece que es aquí donde hay que cargar la mano.

Pero si acudimos á la experiencia pasada y presente, veremos que la reforma de los métodos de enseñanza, la elevación del nivel de cultura en el profesorado, las iniciativas ideales que han impulsado á la escuela popular, y el progreso, en fin, de los conocimientos mismos que forman la materia del grado primario ó la raíz y fuente de ella, han procedido siempre de hombres de gran cultura, de universitarios, como suele decirse de los que por su preparación superior, el tiempo de que disponen y la dirección profesional de su vida, pueden *investigar* y hacer que adelante la ciencia. No hay más que fijarse v. gr. en la modificación trascendental sufrida en el último tercio del siglo XIX por la cartografía escolar y los libros llamados de texto en Francia y en Alemania, base de la radical reforma de los procedimientos educativos. ¿Quién la ha hecho sino los científicos, los especialistas, de quienes nos nutrimos todos los demás, para nosotros y para nuestros alumnos?

En efecto. Importa muchísimo aumentar el

Hay más. Cuando una nación quiere refor-

mar la enseñanza, dado que no puede improvisar el nuevo profesorado que precisa, ni lo puede formar si antes no realiza la reforma, necesita romper ese círculo vicioso echando toda la carne en el asador, es decir, llevando á donde haga falta, aunque sea á la escuela, lo más alto, lo más perfecto de su contingente intelectual; como se hace v. gr. en la política cuando surge una grave crisis de Estado. Pero ¿y si no existe ese contingente? ¿Y si la pobreza y desarreglo de la enseñanza superior no permiten que se forme? ¿De donde saldrá, con la autoridad y la ciencia que las circunstancias piden?

Por otra parte, la vida económica—á que hoy se concede tanta importancia, no porque la tenga hoy más que antes, ciertamente,—sabido es que depende en gran medida de los universitarios, de los investigadores, de la enseñanza superior. El ejemplo de la industria alemana lo dice bien claro y así lo han visto con su certero sentido de la realidad los ingleses, como lo prueba la creación en Glasgow, de nuevas cátedras universitarias de ciencias físico-químicas, como base para sostener la competencia con la industria germánica.

A su vez, uno de los más graves tropiezos

de nuestra enseñanza superior consiste en la preparación deficientísima que traen á ella los estudiantes. El profesor más celoso y mejor intencionado, ve destruidos á menudo sus planes por la falta de cultura *secundaria* de sus alumnos que, á veces, ni saben siquiera escribir, por lo menos con ortografía pasadera. Y si se oye al profesorado secundario, se le verá quejarse de igual vicio, que arrastra desde la escuela el estudiante y que los famosos “exámenes de ingresos”, no purgan poco ni mucho. Con lo cual, resulta patente la solidaridad en que se hallan los tres grados (ó los dos, como usted les quieran) y lo nimio y ocioso que es discutir la supremacía de cualquiera de ellos ó su mayor necesidad de protección. ¡Arriba con todos!

Lo que hace falta es que, al discutir estas cosas y al querer arreglarlas, el Parlamento y los gobiernos miren alto y no se detengan á escuchar las voces egoistas de los que v. gr. conceden más importancia á la supresión ó no supresión de los derechos de examen (sobre-suelo indecoroso y atentatorio á la igualdad del profesorado), que á la reforma de la política pedagógica, hoy á merced de hacendistas tacaños.

RAFAEL ALTAMIRA.



La Paradoja en Carnaval

Paseaba por Recoletos oyendo hablar á un amigo que se quejaba de la inmoralidad del Carnaval, y que hablaba en serio de los últimos duelos sensacionales, cuando ví venir una máscara que llevaba una careta de carne que reía y lloraba al mismo tiempo.

—¿Me conoces?—me dijo.

—Sí. Eres la Estupidez: se te encuentra por todas partes.

—No. Te engañas: soy la Paradoja.

—¡Hombre!

—Sí; yo soy la mueca sonriente que hay en los dolores, y la tristeza que se encuentra en el placer. Yo doy las ideas tristes en el seno de las mujeres hermosas y los pensamientos chuscos en las cámaras mortuorias. Yo demuestro que lo poco es mucho, que lo mucho no es nada. Sonríe en los campos de batalla y lloro en los bautizos. Mira; tengo este gorro con cascabeles para poner á todo lo triste, y esta mortaja para vestir las cosas alegres. Hago que los holgazanes vivan y los trabajadores se mueran de hambre. Caso á los viejos impotentes con las mujeres hermosas, y hago que los fecunden ellos, con asombro de los amantes de sus mujeres. Convierto en Virgenes á las Venus, y los huesos de un animal cualquiera, en reliquias de santo; hago que los imbéciles prosperen y los hombres de talento se fastidien; además, me vengo de éstos haciéndoles cornudos. Yo he inventado todas las grandes mistificaciones históricas y he hecho atribuir á uno los pensamientos de otro; yo lo barajo todo; lo enredo todo. Demuestro á los demócratas que la democracia es una estupidez, y á los aristócratas, que es una institución santa. Defiendo la moralidad de los asesinos y reniego del egoísmo inoral de los santos. Yo doy á los más desgraciados creti-

nos con cerebros de mono é ideales de burgués, los primeros puestos de la política y del periodismo, y hago de los hombres inteligentes, zapateros de viejo. Desmoralizo lo que puedo; pero no consigo nada. El pueblo es estúpido, y el pueblo español más estúpido que ninguno. Esta raza de hambrientos presumidos; esta raza de chatos, todo lo toma en serio. El hombre es igualmente repugnante en todo el planeta.

Yo desluzco las grandes fiestas con los detalles más cómicos y grotescos. Hago que á los oradores notables se les caigan los dientes postizos ó se les trabuquen las palabras; hago que á los señores serios les lleve el aire el sombrero y al ir á cogerlos juegue'een y se burlen de ellos.

Yo he sido la causa de todas las chilladuras inexplicables. Le he cortado el pelo á Sansón y lo que no es el pelo á Orígenes. En secreto os hago bien á los hombres, pero á zapatazos. Yo he disgregado los instintos, he inventado el altruismo, la piedad y el remordimiento que en la curva de la vida son un descenso.

—Dime, especie de Paradoja—le dije yo—¿te gusta el Carnaval?

—No.

—¿Porqué?

—Es imbécil. Es demasiado moral.

Le di la mano á la máscara, conmovido.

—Tienes razón—murmuré.— Es demasiado moral, hasta que no inmoralicemos nuestras fiestas, no serán agradables.

—¡Adiós, Baroja!—gritó la máscara.

—¡Adiós, Paradoja!—le dije yo—y nos separamos.

PÍO BAROJA.

LOS OBREROS

Me ha prendado locamente el estudio de los problemas obreros, desde que el pasado verano tuve ocasión de conocerlos de cerca, en las campiñas gaditanas y de Sevilla. Después de todo, en este país añejo y mortecino, ninguna cuestión existe, aparte de la determinada por el nuevo rumbo emprendido por un pequeño núcleo de intelectuales, que pueda ofrecer el interés de primer orden del esfuerzo de redención que desarrolla el proletariado. Es asombrosa la transformación que en muy pocos años ha sufrido el pueblo español en sus ideales y en sus procedimientos. Nada más curioso ni más sugestivo que estudiarla.

Recuerdo que, cuando pasado el desastre, se acentuó más vivamente el movimiento obrero, una onda de intranquilidad corrió por las clases acomodadas, por las clases gobernantes. Se imaginó la industria detenida medrosamente en su crecimiento, se la presumió espantada de España. Tenido ya por un hecho indefectible la paralización de la riqueza, se creyó imposibilitado todo recurso de prosperidad, que nos recompensara de lo perdido, y entre tanto, las sociedades de resistencia se organizaban con maravillosa rapidez, se sucedían los mitins, se aumentaban las huelgas, se planteaba cada día en cien partes un conflicto entre obreros y patronos, y el movimiento de asociación y de defensa, surgido en Cataluña y en Vizcaya, se propagaba velozmente al resto de la península y llegaba á prender

El Socialismo y la República

en los campos andaluces, considerados hasta aquí como un paraíso de bienestar y de felicidad. Parecía todo ello el complemento total de la catástrofe. Y, sin embargo, era el movimiento obrero el único signo de vida y de progreso que daba España después de su caída. ¿Quién duda que en estos momentos continúa siéndolo?

Mientras que la clase directora persistía y persiste con una imperturbabilidad que asombra, en el mantenimiento de la organización y de los procedimientos, que nos tienen hundidos bajo el nivel de Europa y de América, el pueblo trabajador, con un instinto verdaderamente perspicaz del abanlono y de la absoluta desatención en que era tenido el país por el régimen y por los gobernantes todos, se agrupa, se liga y toma á su cuidado su propia salvación. Se esperaba ciertamente, ante la consideración histórica del carácter político de todos los movimientos regeneradores, su continuidad idéntica en este nuevo momento de necesidad transformadora. Pero no se discernía ni razonada ni lógicamente. La lógica, la razón la contenían el movimiento impulsado y movido, no por el ideal político, sino por el ideal económico. El fundamento, por otra parte, era bien claro. Tenía en su mano el pueblo trabajador todas las libertades políticas conquistadas por la democracia desde la restauración acá; era dueño de emitir su voto, podía discernir la justicia, formar parte de

los municipios, reunirse, asociarse, pensar y creer lo que quisiera. Pero ninguno de éstos derechos, aparte su cuasi total incomprensibilidad para la mayoría, absolutamente nada podían interesar al pueblo, que sentía más vivamente la urgencia de su liberación material. Muy bueno era poder votar, formar parte del jurado, componer las municipalidades, y libremente reunirse; más era antes necesario asegurar la subsistencia, iluminar los cerebros oscurecidos, y alcanzar, por ello, la mayor cuantía del jornal, que mejorara la vida, la menor extensión e intensidad del trabajo excesivo, del trabajo abrumador que imposibilita toda instrucción y todo goce.

Indudablemente la reconstitución económica del proletariado era lo anterior, lo primordial. Después de alcanzada sería llegado el momento de intervenir con inteligencia y acción consciente y libre en toda la política del Estado. Y así comprendido por las asociaciones de resistencia, los reglamentos que las ordenan, son mandamientos de moral, catecismos de democracia, y se las ve crear escuelas, al par que cooperativas y cajas de ahorro, y predicar en mítins y en conferencias la libertad y las ideas democráticas. Resulta así la asociación de resistencia dotada de un doble carácter, de una doble finalidad, que mira al presente, en cuanto á la organización propia del trabajo se refiere, que mira también al porvenir, para el que es una escuela de preparación y de práctica.

Más por lo pronto la política queda absolutamente excluida y echada á un lado. La asociación no es monárquica, no es republicana, no es ni siquiera socialista, ni mucho menos anarquista. Podrán sus miembros mantener en este respecto las ideas y las tendencias que mejor consideren, pero á la asociación no ha de llevarse ninguna, antes por el contrario se clama en ellas enérgicamente contra el régimen que pudiera traernos una república, contra los procedimientos de la monarquía. Solo-

mente se concede una dulce benevolencia á favor del socialismo, una sugestión que lo haga simpático y deseable, porque el socialismo ha de ser su finalidad política, cuya conquista ha de emprenderse, una vez lograda la reconstitución económica, considerada como la única base firme del completo desarrollo de la personalidad.

Ciertamente que el ataque diario y persistente á toda política que no sea la socialista tiene la indudable ventaja de separar en absoluto á la masa de proletarios, de todos los hombres y de todos los procedimientos que nos desmoronan, pero yo creo que el partido obrero comete una grandísima equivocación, al mantenerse igualmente distanciado y enemigo de la república que de la monarquía. Ya que su ideal político es el socialismo, bien está que no estimen como fin el de la consecución de la república, pero no me explico cómo no comprenden que la república les es absolutamente necesaria como medio.

Por todo lo grande y justificada que sea la oposición que el partido obrero de Francia haga á la cartera de Millerand ¿quién será capaz de desestimar las diferencias de las ventajas alcanzadas para la realización de una idea, de tener ó no correligionario que la defienda en un gabinete? ¿Será el de la monarquía ó el de la república, el régimen que mayor parte del programa socialista esté en condiciones de poder llevar á la práctica? Yo veo con singular transparencia el error de nuestros obreros mirando con más simpatía la república que la monarquía, pero combatiendo uno y otro régimen con igual empeño, cuando el tránsito indispensable para lograr la evolución hacia el ideal, no puede ser otro que el de la organización republicana.

Ya se ha rectificado el camino, dejando por ahora el de la política, que á ningún fin inmediato ni práctico conducía en el momento y en el estado presentes, y se ha vuelto atrás para encontrar en el que arranca de la consti-

tucion economica, la ruta segura que ha de llegar hasta el límite del ideal. Más ésta, tomando la vía por derecho, necesitará mucho tiempo para ser recorrida, y es preciso ladearse un tanto hacia el camino primitivo, hasta encontrar la trocha, que es más corta. Francia representa hoy para el socialismo ese atajo, ese período de transición. Por lo pronto, el no procurarlo implica el abandono en absoluto del Estado, en las manos pecadoras que lo están tirando con la falta de estimación y de interés con que se tiraría una fortuna graciosamente adquirida, de la que se está seguro de que nadie ha de demandar jamás una sola cuenta.

El movimiento obrero de España, al representar un aumento de la estimación y de la conciencia de la personalidad del pueblo, que siente y persigue la mejora de su vida y de su espíritu, significa un gran paso de avance en la civilización española. Pero yo noto en ese movimiento un cierto egoísmo, seguramente

no percibido, ni buscado, ni querido por el pueblo. Procede ciertamente de una excesiva consideración de las ideas de fraternidad universal, de sociedad única del proletariado todo, que origina un aprecio secundario de la patria nativa, un aprecio primordial de la patria humana. Más si la estimación, en tal orden, de éstas dos ideas, ningún perjuicio puede acarrear al pueblo de una nación bien regida y cuidada, al de un país abandonado como el nuestro le crea un colosal obstáculo para su prosperidad, que es sufrido principalmente por el proletariado que se lo levanta. No hay que olvidar que por encima de la gran concepción de patria universal, tenemos cada pueblo nuestra patria, á cuyas oscilaciones del lado del bienestar ó del lado de la desdicha, iremos siempre unidos con la mayor solidaridad existente en el mundo. Nuestra misión es hacer la patria natal, para cooperar así á la obra de la patria de todos.

CARLOS DEL RÍO

El cuento de la dinamita

—¡Un cuento, un cuento! ¡Que cuente un cuento!

—Voy á complaceros. Os contaré el cuento de la dinamita.

—Venga, venga.

—Pues, señor... Había un pueblo muy rico porque tenía muchas fábricas y se cuidaba el campo, y no había mohina porque había harina.

Y cádate que llega una familia de gitanos al pueblo y empiezan á decir la buenaventura y á curar con unas recetas muy extrañas y á echar maldiciones que se cumplían, y muchas cosas más.

Y los vecinos del pueblo empezaron á gastarse su dinero con los gitanos, y se cerraron las fábricas y se abandonó el campo, y los jornaleros tuvieron hambre.

—Como aquí.

—Si interrumpís no sigo.

—Silencio.

—Y los que pudieron se marcharon á otros pueblos, y se marchó el tío Colorao, y anduvo tierras y tierras, y en un lado se dejó la vergüenza y cogió la osadía, y en otro lado se dejó la razón y guardó un poco de mal instinto, y después de andar mucho se volvió otra vez al pueblo.

Y cuando volvió estaba todo peor que cuando se había ido. Nadie le daba trabajo ni él quería trabajar y explotaba á los pobres.

—Poco sería.

—Que te calles.

—Déjale, que voy á explicárselo. ¿Has visto la encina grande de Campo Redondo?

—Sí, señor.

—¿Tiene mucho fruto?

—Ya no lo da.

—Pero tendrá hojas.

—Muchas.

—¿Y cuando no las tenga?

—Pues, pa leña.

—Pues, ná.

—¿Y la ceniza?

—Es cierto.

—Todo sirve para algo. Y continuó.

Y como nadie se cuidaba de los pobres estos se hicieron a...

—¿Anarquistas?

—No, hijo; otra cosa muy distinta, aunque también empiece con a: se hicieron asesinos. Y mataron y robaron, porque Colorao los animaba. Y se acostumbraron al crimen, y fueron criminales por serlo.

Y un día se le ocurrió á Colorao volar todo el pueblo, y se fué al camposanto, cogió una calavera y la tapó todos los agujeros, menos uno que tenemos hacia la nuca. Después entró en una tienda y compró los libras de dinamita. El tendero le pilló dos reales y Colorao se los dió. Y nada más: que hizo un petardo terrible y lo colocó con una mecha encendida.

—¿Donde?

—Tú dirás.

—En la cárcel.

—Quiá.

—En el fielato.

—Quiá. En el palacio del obispo.

—¡Qué mal cristiano!

—Pues, sí. Afortunadamente el señor obispo estaba en una gran comida, y, sobre todo, la mayor fortuna fué que no estalló el petardo, porque lo que tenía dentro era solamente polvo de carbón. La policía buscó á quien había hecho aquella hazaña, y cogieron á un pobre y lo llevaron á la cárcel y se declaró autor.

—¿Por qué?

—Para comer mientras estaba preso. Y le condenaron á cadena perpetua. Y el obispo pidió á las autoridades que le defendiesen, y ningún pobre podía visitar al obispo, y la miseria fué aumentando.

Pues, señor... había un pueblo muy rico, porque tenía muchas fábricas y se cuidaba el campo...

—Pero, ¿vuelve usted al principio?

—Sí, hijos; este cuento se repite muchas veces hasta que se cambia una cosa.

—Ya lo sé.

—Dí.

—Que no van gitanos al pueblo.

—¡Ojalá! pero no es eso.

—Que Colorao no se hace malo.

—¡Ojalá! pero tampoco es eso.

—Que la policía coge al verdadero autor.

—Que no condenan al preso.

—Tampoco.

—Que el obispo se hace amigo de los pobres.

—Nada de eso. Que Colorao aprende á hacer petardos, roba dinamita verdadera y vuela el pueblo.

—Lo suponía.

—Y ¿por qué no lo has dicho?

—Por si me pegaba usted.

SILVERIO LANZA

LA ACTUALIDAD

Don Quijote.—Se necesitan gobernadores honrados.—Duelos, actas y otras imbecilidades.—El señorito al natural.

Décima quinta salida de *Don Quijote*... ¿No será la décima sexta, amigo Palomero?... Porque cuando usted nos decía que la resurrección de JUVENTUD era la 15.ª salida de *Don Quijote*, no nos habíamos embarcado Martínez Ruiz, Baroja y yo en la fantástica empresa de moralizar los gobiernos de provincias.

Esto de los gobernadores tiene muchos pretendengues. Hace diez días—escribo en martes de carnaval—que hay en casa del Sr. Sagasta un cartel que dice así:

**Se necesitan
gobernadores**

* * *

Y no sé porqué se me figura que el cartelito va á seguir colgado durante algunos días. Don Práxedes, que conoce el paño, no ha encontrado más que á dos que le contenten y las vacantes, según parece, van á ser ocho ó diez. Es lo que uno de los candidatos, conocido chantagista, le decía al Sr. Sagasta:

—Yo quiero una provincia donde se juegue, por que para ganar veintitres pesetas diarias no necesito moverme de Madrid.

Entre los gobernadores que van á quedar cesantes, si encuentra el Sr. Sagasta quien los reemplaza, hay algunos homéricos. En cierta ciudad antigua tiene el alcalde coche que costea el Ayuntamiento. Del gobernador al alcalde:

—¿Quiere usted prestarme el carruaje mañana?

—Con mil amores.

Da el gobernador su paseo y dice al cochero al apearse:

—Mañana á la misma hora aquí.

Cumple el sirviente la orden y se repite la escena:

—Mañana á la misma hora aquí.

Y así cinco ó seis días. Se entera el alcalde y dice al cochero:

—Ve mañana al gobierno civil, pero si el señor gobernador te ordena que vuelvas, le contestas que yo te lo he prohibido.

Así lo efectúa el pobre automedonte y el gobernador lo prende... ¡por desacato á la autoridad!

Lo saben los socios del Casino, se indignan y se vengan dejando en ese centro de jugar. El juego valía á la primera autoridad de la provincia una subvención de cincuenta pesetas diarias.

¿Qué hace el señor gobernador? ¡Cierra el Casino porque en él no se juega!

Del número 2.147 de *Las Noticias*, de Barcelona, correspondiente al 9 de febrero de 1902, es el siguiente suelto que corto y pego:

“En los círculos políticos era ayer objeto de comentarios la reciente llegada á Barcelona del hijo del Sr. Moret.

Hablábase, con tal motivo, de conferencias celebradas entre el citado huésped político y los gobernadores civiles de las cuatro provincias catalanas en un restaurant muy renombrado y hasta llegó á asegurarse que dicha

visita estaba relacionada con la próxima destitución del desgraciado Socías.

Excusamos decir que no faltó mal intencionado que preguntara:

—¿Es que teme el Gobierno que Socías se escape con el santo y la limosna?..

No hablo de Andalucía. Harto se ha hablado en cierta hoja que, á pesar de su escasa circulación, ha debido llegar á poder del señor Sagasta por conducto de manos augustas, completamente augustas en la ocasión actual.

Y vean ustedes á Don Práxeles, austero y probo personalmente, ansioso de rodearse de gente buena y convertido en Diógenes por estos andurriales... ¿Dónde tenía usted antes la linterna que recluto la gente en esos Ceutas?

* * *

Ha dicho el Sr. Silvela que tiene mala opinión del Sr. Blasco Ibáñez. Y el Sr. Blasco Ibáñez ha contestado que tiene mala opinión del Sr. Silvela. En vista de que los Sres. Silvela y Blasco Ibáñez se tienen mutuamente en mala opinión, cuatro señores se han metido de por medio. Ya verán ustedes como en vez de esclarecer los motivos y fundamentos de esa mala opinión, que es lo interesante, acaban por redactar en prosa oficinesca un documento que dirá así:

“Reunidos en Madrid á tantos de tantos los Sres. Tal y Tal, en representación de Tal y los Sres. Cual y Cual, en la de Cual, exponen:

Que después de haber examinado atentamente las frases de Tal y de Cual, estiman por su honor de caballeros que no ha quedado herida en lo más mínimo la notoria, acreditada y patente hidalguía de los Sres. Cual y Tal..

Cuyo documento hará postrar al mundo ante los caballeros españoles de la Tabla Redonda, sin perjuicio de que el Sr. Silvela siga teniendo en mala opinión al Sr. Blasco Ibáñez, ni de que este corresponda de la misma manera al jefe del partido conservador.

Y acaso, se redacta otro documento que nada diga, ó bien se acuerda que los señores Silvela y Blasco Ibáñez se den de trastazos ó se disparen unos tiros de pistola.

¡Muy bien! ¿Y qué se prueba? ¿Se modificará la opinión que á los demás nos merecen los Sres. Silvela y Blasco Ibáñez? ¡Si que se modificará... pero en contra de los dos adversarios!.. ¡Si en España, eso de los duelos es monopolio de los chantagistas, con excepción de unas cuantas personas decentes, muy pocas, que no han tenido el valor cívico de sustraerse á una costumbre imbécil!

La verdad; siento que el Sr. Silvela se meta en estas danzas... ¡Cuánto más agradables las otras! ¿Verdad, D. Francisco?... Este D. Francisco me es muy simpático... Por lo menos en sus tiempos no se hablaba tanto de los gobernadores y se asfaltaban algo mejor las calles de Madrid. En cuanto se le quite el miedo á lo cursi y deje de ser tan relamido y presumido, le convertiremos en aceptable gobernante. Pero veamos... ¿no sería preferible que en lugar de hacer el Tenorio á estas alturas, para que aplauda la galería, preparase usted para su vuelta al gobierno una buena ley sobre el juego y la higiene, una orientación de la enseñanza hacia el mejor conocimiento de nuestros recursos materiales, etc., etc.?

* * *

¡Carnaval!.. Y nuestras clases aristocráticas, aquéllas que sin interés alguno regalaban sus caudales al Tesoro, cuando los requirió la guerra; las que formaron los batallones de voluntarios que murieron tan valerosamente en Santiago de Cuba; las que hoy se ocupan en la organización de tantas asociaciones filantrópicas y de cultura como nos enorgullecen ante el mundo, han dado con motivo de los Carnavales, nueva muestra de su distinción suprema.

...Y con delicadeza verdaderamente artística han lanzado desde las tribunas de la Gran Peña y del Casino de Madrid, en el fes-

tival del Retiro, serpentinas cerradas que tuvieron la amable virtud de estropear las caras de veinte ó treinta cocheros, de otras tantas máscaras y de igual número de transeuntes.

Pasó una señora en un coche cerrado, conduciendo á una criatura de pocos meses. La lluvia de serpentinas sin desplegar rompió los cristales... y los fragmentos de los vidrios hirieron gravemente á la señora.

¡Un poema bucólico!.. Y como entre estos aristócratas eligirá el Sr. Silvela sus gobernadores... ¿Cuáles preferimos?... ¿Los homéricos del Sr. Sagasta... ¿Los bucólicos del señor Silvela?..

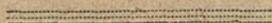
RAMIRO DE MAEZTU.

* * *

Pots Scriptum.—Y en el acta que ha puesto término á la cuestión surgida entre los se-

ñores Silvela y Blasco Ibañez, se han ensañado con el revolucionario levantino los amigos del Sr. Silvela... los suyos propios... y el Congreso en pleno. Desde que el Parlamento residenció hace dos meses al Sr. Urquía, no se recordaba escena semejante... ¡Otro ídolo roto!... Y romperán otros y otros, los que hoy se asen de las más fuertes influencias para que prosiga en las provincias de la madre patria el sistema del coloniaje que tanto gusto dió á nuestros políticos más ilustrados... Y será la soledad y el silencio con los que hoy se muestran omnipotentes... Y menos mal que el Sr. Blasco Ibañez podrá refugiarse en la literatura... Y la humillación de hoy serviría para dotar á sus escritos de la intimidad que se echaba de menos...

R. DE M.



LA POLÍTICA

Si estas crónicas han de ser un reflejo de nuestras novedades políticas, valdrá más coger la amena historia de *Jaime el Barbudo*... ¡*Jaime el Barbudo*! Él es el símbolo, el emersioniano hombre representativo de la política española. Recientemente se han denunciado los abusos escandalosos de uno de tantos gobernadores civiles. La prensa ha callado: ha permanecido inerte el gobierno. Y ese es un caso, un solo caso. En Valencia—donde *El Mercantil Valenciano* afirma que ocurren cosas estupendas—en Tarragona, en Segovia, en Barcelona... están en la misma situación que en Málaga. Ser funcionario en España es cosa que va lindando con las deliciosas industrias que se llaman el *ful*, el *entierro*, los *perdigones*, el *carterismo*.

A la hora en que escribo estas líneas, en pleno carnaval, el Sr. Sagasta se preocupa en una nueva, novísima, definitiva *combinación*, de los llamados gobernadores. Parece que se trata de mandar á las provincias hombres dignos. ¿Dónde los hay?

El mal es irremediable con el actual régimen; la política es una industria. ¡Enriqueceos!... Se habla, se perora, se vá, se viene en busca de un acta, de una cartera, de un chanchul' o decoroso de un succulento enjuageu. ¡Lo importante es *llegar!* y para llegar, para coger el acta ó la cartera, se utiliza el periódico, el discurso, el libro, la diatriba... Y como el pueblo es cándido y cree aun ciegamente en que ha de gobernarse *por sí mismo*, he aquí que la Democracia es la última—por ahora—provechosa mentira que sirve á maravilla á nuestros feroces *arrivistas*.

* * *

En el Congreso, gran revuelo con motivo del discurso del Sr. Llorens. El Sr. Llorens ha

puesto en evidencia los atropellos que se cometen en Valencia. En el país de la paradoja, lo paradójico sería que unos hombres que se llaman republicanos fuesen amigos de la tolerancia, y de la libertad.

El Globo ha dicho que lo que ocurre en Valencia es *extraordinario, especialísimo, anormal*... pero que "no es ilegal". Y podemos descansar. La ley, amparo del buen burgués, nos salva.

* * *

Los republicanos han conmemorado—como todos los años—*el triunfo* de la República....

Es otra paradoja encantadota esta de celebrar un tremendo fracaso; paradoja doblemente agradable porque se reduce á un banquete.

En el de este año el Sr. Muro—¿quién es el Sr. Muro?—ha pronunciado un discurso. El discurso ha sido elocuentísimo. He aquí algunos párrafos:

"Y como desde hace muchos años vivimos por desdicha en España en constante carnaval político, para acabar con él se precisa de nosotros los republicanos un acto de energía, tanto más ahora que se avecina la elevación al trono de un jónven de diez y seis años, heredero de Carlos IV, de Fernando VII., (*Grandes aplausos*).

Y sigue:

"Para realizar este acto de protesta vigorosa, es necesario demostrar que estamos todos unidos, y yo puedo asegurar que esta unión es hoy más estrecha é íntima que lo era antes. (*Frotngados aplausos*).

Pecumet, Bouvart, Tartarín, Homais, Jourdain, Jocrise, Gedeón, Calínez... ¡yo os saludo!

* * *

Y ninguna otra novedad política encuentro en los *fondos, informaciones, ecos, rumores...* que no leó.

MARTÍNEZ RUIZ.

*
* *

La anunciada combinación de gobernadores ha sido, al fin, firmada. El gobernador de Málaga continúa en su sitio. Y no sé qué opinará *La Epoca* que ante las acusaciones lanzadas á éste personaje, escribía en su número del día 9:

“Algo se ha conseguido (*la suspensión del*

juego) pero no todo lo que la opinión tenía derecho á esperar; *pues era indispensable, ABSOLUTAMENTE INDISPENSABLE*, por el buen nombre de las autoridades, del Gobierno, que se depure lo ocurrido, que se castigue á los calumniadores si las denuncias resultaban infundadas, ó á las autoridades acusadas si eran ciertas...”

Lo que á *La Epoca* le ha parecido ABSOLUTAMENTE INDISPENSABLE, no se lo ha parecido al Sr Sagasta. Era lógico...

J. M. R.

LOS TEATROS

Sobre la crítica teatral

Aunque alguno de nuestros apreciables reviseros se crea en el pleno ejercicio de un sacerdocio sagrado, la verdad es que nuestra crítica teatral carece en absoluto de importancia.

Por circunstancias que no son del caso, los periódicos dedican una atención insignificante á la vida literaria. De ese desprecio se salva únicamente el teatro; pero sólo se concede al estreno la categoría de suceso, y como tal se le da un hueco al crítico para que se despache á su gusto.

Nada de estudio concienzudo de la obra; nada de disertación, ni siquiera de examen detenido; una impresión lo más breve posible, y no se vuelva á hablar del asunto.

Y en un par de horas el crítico termina su misión como buenamente puede.

¿Cómo va á exigirse á esta crítica que influya en el gusto del público, que encauce las tendencias dramáticas, que defienda una estética, que luche por un ideal?

Su misión literaria es, pues, insignificante.

Pero ni siquiera puede vanagloriarse de ese respeto á que, después de todo, tiene derecho el que cumple con su deber. Nuestra crítica de teatros no goza de la confianza del público, ni de los autores, ni de los artistas. No se fían las gentes de lo que dicen los periódicos, acostumbrados á excesivas benevolencias, no siempre fáciles de evitar; cualquier autor, incapaz de escribir dos cuartillas con mediana sintaxis, se cree en el caso de despreciar á quien no *bombeó* su engendro; y el cómico, que en una redacción de periódico apenas si podría ser ordenanza, coloca al que le censuró los más denigrantes adjetivos en la soledad de su cuarto...

Todo esto es, en verdad, muy desagradable.

Y aunque el crítico, bien seguro de su saber, con dominio de su pluma, en posesión de la verdad quisiera decirla, veríase completamente imposibilitado de hacerlo. No hablemos ya de los inconvenientes que se le presentan en su *tribuna*—la amistad del autor, la recomendación del artista, el interés por la

empresa—basta con los que le crea su misma posición. ¿Cómo decir que la primera actriz no estuvo bien en su papel, si ella le distingue con sus más bellas sonrisas y le atiende y le agasaja en su cuarto, aunque sea sin propósitos pecaminosos? ¿Quién se atreve á censurar al galán, chico simpático que le protege puesto que le tutea? ¿Va á hablar mal del autor de la comedia, su amigo y camarada? ¿Acaso dará un *plato* á la obra que puede salvar el negocio de la empresa que le reserva siempre una butaca de las primeras filas, amén de los oportunos *vales* para los casos de compromisos.

Todo esto sucede por la falta de costumbres literarias, que no puede asombrarnos verdaderamente en un país donde tampoco hay costumbres políticas, ni costumbres sociales. Quiere decirse, que aquí no se puede hacer constar que una comedia es mala sin que el autor se crea ofendido en su dignidad personal, ni puede hablarse mal, con justicia, de las condiciones artísticas de un actor, sin crearse un enemigo para siempre. Por otra parte, la mezquindad de la vida nacional, se refleja en la del Teatro. Una campaña sistemática contra un cómico, le quita su puesto; un artículo violento, puede hundir una obra, y, naturalmente, los *sagrados derechos* de autor... Y el crítico siente que una ola de compasión invade su pluma, llevándose asperezas, censuras y acritudes... Entonces considera que si la verdad no es de este mundo, es inútil luchar por ella á propósito de cosa

fan insignificante; pues en definitiva no tiemblan las esferas porque se haga cinco veces más en un teatro cualquier drama despreciable, ni porque una damita joven *se sienta* primera actriz sin condiciones para ello.

Estas observaciones hechas están sobre la realidad, y todo el que haya vivido un poco entre cómicos, periodistas y autores dramáticos no las encontrará muy inoportunas.

El crítico ideal, necesitaría, aparte de la *primera materia*, —talento, cultura, buen gusto— alejarse completamente de saloncillos, cuartos de artistas y tertulias literarias. Y así podría ser sincero. Pero entonces, quizá le faltara el aire de la calle tan necesario para hacer obra humana... ¡Ah!... ¡El crítico ideal será siempre un ideal entre nosotros!

Mientras llega, justo será que se fortifiquen los lazos que han de unir á cuantos intervienen en nuestra vida teatral. Para ello es necesario, sobre todo, el mútuo respeto entre artistas, autores y críticos. ¡Menos vanidad, nobles amigos! Que no descansa el crítico en la gran circulación de su periódico, sino en la fuerza de su propia personalidad; que el artista no se crea inviolable; que el autor de una pieza insubstancial no se juzgue un hombre superior á sus contemporáneos...

Bien que todo esto es también un ideal. Y puesto que nuestro sino es vivir siempre de ideales, acaso sea mejor resucitar para esto, como para todo, la vieja fórmula de los viejos fisiócratas: *laissez faire, laissez passer*...

ANTONIO PALOMERO